

MUSEO BALEAR

DE

HISTORIA Y LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

LA PRIMERA EXPOSICION

CELEBRADA POR EL

CENTRO MERCANTIL É INDUSTRIAL

DE PALMA.

Para cumplir dignamente el objeto del MUSEO, que procura *dirigir la atencion de los isleños hácia las artes de la paz y contribuir á la propagacion del buen gusto artistico*, no muy generalizado entre nosotros, desearíamos tener las dotes necesarias hoy que tratamos de enterar á nuestros suscritores del satisfactorio éxito obtenido por medio de este concurso artístico-industrial. ¡Es tan difícil escribir una reseña de esta índole! Y, por otra parte, ¡disponemos de tan poco espacio para ocuparnos de este asunto con la extension que se requiere! Sin embargo, desde el último puesto de esta Redaccion, nos creemos en el deber de desempeñar esta tarea, que por lo espinosa arredraría á otro ménos temerario. Por esta vez, no teman los señores expositores la severidad de nuestros juicios que, aún cuando tuviéramos autoridad para dictarlos, la espontaneidad y

Año II.—N.º 2.—31 Enero 1876.

el desusado celo con que han acudido al llamamiento les hace acreedores á toda consideracion.

Despues de tantos años trascurridos desde que en Palma se expusieron los artefactos y productos de las Baleares, al visitar la Reina nuestra isla, ya era hora de que se nos proporcionara, con el espectáculo de nuestras obras reunidas, la mejor coyuntura para averiguar si en realidad seguimos ó no el camino del progreso; tiempo era de sacudir esa inercia que nos está enervando y de cooperar siquiera con un debil impulso al fomento de las artes é industrias faltas de la proteccion y aprecio que en Mallorca por muchos conceptos se merecen. Y hé aquí que una sociedad particular, recientemente formada, ha ofrecido sus salones á los artistas é industriales para que exhibieran las obras de su ingenio y de su trabajo; y unos y otros, sin aliciente alguno, han colmado á porfía los nobles propósitos de su ilustrada Junta de gobierno. Ni una palabra estamparamos en elogio de los individuos que como por ensayo iniciaron esta exposicion. El público de Palma durante quince dias ha dado un solemne y no interrumpido testimonio de la gratitud á que son acreedores; y los datos que transcribiremos serán más elocuentes que cuantas felicitaciones pudiéramos prodigarles.

El primer paso está dado; en los años sucesivos, el *Centro Mercantil é Industrial de Palma* podrá con ménos inconvenientes y tal vez en local más capaz y adecuado llevar á efecto otras exposiciones más brillantes. Pero, si nuestra opinion pudiera valer algo, advertiríamos que no deben entrar en las reformas que se introduzcan los *programas* y los *premios*, pues en poblaciones como la nuestra raras veces suelen producir el efecto apetecido.

El estímulo de nuestros expositores fabricantes debe consistir en darse á conocer á sus conciudadanos que instintivamente sabrán adivinar el mérito y las condiciones económicas de sus respectivas manufacturas y, una vez juzgados por la opinion sensata y general, que pronto se trasluce, la venta productiva será su verdadero premio. Y en cuanto á los artistas, confundidos hasta ahora con los artesanos, al

parangonarse los originales con los plagios, obtendrán las distinciones debidas en justicia á su talento y á sus sacrificios; y cuando llegue el caso de remitir obras á las exposiciones generales del continente elegirán tan sólo las que sean dignas de concurrir á esas grandes luchas del siglo XIX.

Baste de exordio, y vamos á trazar nuestra reseña, que dividiremos en dos partes, empezando por la

SECCION ARTÍSTICA.



ARQUITECTURA. — PINTURA. — ESCULTURA. — TARACEA. — ORFEBRERÍA. — LITOGRAFÍA. — BORDADOS. — OBJETOS DE MARISCO, ETC.

Extraño nos parece que ni siquiera un proyecto de arquitectura civil ó religiosa se haya presentado, á bien que esto se explica por el hecho de que en Mallorca tan sólo se *edifica*, y nuestros constructores por regla general entienden poco de dibujos. Sirvanos de consuelo que un género de arquitectura, al ménos, ha sido bien representado por medio de algunos magníficos modelos que sirvieron para la construccion de buques mallorquines. Sus autores, al diseñar la traza de aquellos alabeados cascos han reunido con los principios de la razonada solidez y conveniencia, las reglas de la belleza y del buen gusto; por esto hemos querido mencionarlos en el primer lugar de esta Seccion.

Las pinturas al óleo, si no se han ofrecido tan notables como pudieran presentarlas nuestros pintores, han llamado la atencion por su variedad y por su número. Las más importantes de los Sres. Ribas, Anckerman, O-Neille, Carlotta y Virenque, conocidas eran ya del público, y por lo mismo no nos detendremos en catalogarlas. Entre las res-

tantes nos parecen dignas de citarse: *La tempestad calmada por Jesus*, y otra, asunto bíblico, obras de Salvador Torres, que con su estilo vigoroso nos demuestra su capacidad para sostener el nombre y la tradición de una familia de artistas.

Una *Puerta y murallas de Alcudia*, estudio del señor Buades.

Dos *Retratos*, del Sr. Mestre, padre, fisonomista siempre fácil y acertado.

Algunas *Acuarelas* del Sr. Morell, hijo, que revelan, al par de mucho estudio, fecunda imaginación.

Una *Marina* de agradable efecto pintada por la señorita D.^a María Cámara.

Y, por último, *Un bodegon*, muy buena copia, del señor Buades, y la magnífica *Perla de Rafael*, copia, de D. B. Bordoy, acreditado en este género de reproducciones.

Muchas otras copias; un *San Jaime á caballo*, de tamaño natural, algunas miniaturas, varios dibujos al lápiz, y un muestrario de fotografías, una de ellas muy bien iluminada, completan los diversos géneros en que se ha exhibido la *Pintura*.

La *Escultura* se ha visto representada por *Un ramo de flores*, tallado en madera, por D. José Lladó; obra primorosa y delicada, comparable únicamente con los trabajos de este género que ejecutó en esta ciudad el célebre Adrian Ferran. Del mismo señor son un niño de madera, y una excelente copia en barro de la estatua de *Lucrecia Borgia*, cuyo original existe en Barcelona, según nos han informado. La modestia del escultor Lladó, autor de los riquísimos candeleros de la iglesia del Santo Hospital, tal vez le ha hecho perder muchas ocasiones en que hubiera acreditado su talento; hoy le pagamos un tributo de respeto, al verle aparecer sin competidores, transcurridos veinte y dos años desde que al coger por primera vez el lápiz tuvimos la honra de tenerle por maestro.

Algunas figuritas de barro coloridas, del Sr. Fernandez, han sido justamente elogiadas. Haremos notar también los armarios expuestos por los ebanistas Cirer y Ferrá cuyos adornos aparecen tallados con una maestría poco usada.

Dos arquillas profusamente esculpturadas cuya restauracion se ha llevado á cabo con inteligencia. Y sobre todo, algunas obritas talladas en madera del incansable artista Sr. D. J. M. O-Rian, dignas por cierto de figurar en una exposicion universal. Consiste una de ellas en una arqueta en forma de edificio gótico de planta rectangular cuyo tejado de cuatro vertientes constituye la tapa. Los preciosos calados de sus frentes y lo delicado de sus cresterías son dignas de todo encomio. Es la segunda una reproduccion algo modificada de la silla que perteneció á la antigua Cartuja de Valldemosa, hoy propiedad de D. Jerónimo Rius, la cual incluimos en una de las primeras láminas de nuestro *Album Artistico de Mallorca*. Pero más que otra alguna es importante una copia del altar mayor de nuestra Catedral, reconstruido, segun una inscripcion puesta en su base, *tal cual debia estar al cometerse el sacrilegio artistico en 1746 de relegarlo mutilado detras del que con mengua le sustituye*. La fidelidad de sus minuciosos detalles admiran en estas tres piezas que, por lo demas, no son las únicas que ha trabajado el Sr. O-Rian, cuyo amor al arte es de desear que tenga imitadores.

En otra ocasion nos hemos ocupado de los cuadros ataraceados de Boscana, tres de los cuales su señor hijo ha dejado figurar en esta exposicion. El uno de ellos representa un claustro abovedado, en perspectiva, cuyo original al óleo posee D. Melchor Umbert. El otro es un interior de una casa; y el tercero lo forma un precioso ramo de flores, muy bien combinadas, cuya composicion tiene carácter de ser original. La gracia en el diseño, la armonía y viveza del colorido, y lo perfecto de la ejecucion, todo se reúne en estas tres obras maestras, cuyo mérito sería por demas encarecer.

Otros trabajos de Taracea ó Marquetería se han expuesto muy dignos en su clase de ocupar nuestra atencion. Nos referimos á la arquilla y cofrecitos, del Sr. Isern, cuyos paramentos embutidos con pequeñas piezas de hueso y de madera son una prueba de buen gusto y de paciencia, difíciles de apreciar para quien ignore los sencillos medios y

recursos de que se vale su autor. Compárense con estas piezas, los extravagantes embutidos de metal, hoy tan en boga, y díganos despues si el arte del dibujo aplicado á la ebanistería está ó no en completa decadencia.

Pasando á la *Orfebrería*, se presenta á nuestra vista un medallon de oro y plata para cadena de reloj; en una cara muestra de relieve una locomotora, y en la otra dos es y una *ese* entrelazadas. Esta joya proyectada por el arquitecto Rigo (q. e. p. d.) es una de las pocas ejecutadas en Palma, que se distinguen por la propiedad de su composicion. A no dudarlo, los plateros de nuestra capital son entendidos en cuanto se refiere al trabajo material de toda clase de piezas, pero, la mayor parte de ellos desconocen el dibujo de aplicacion al arte que profesan, confunden los estilos, y, por consiguiente dan formas á sus obras por instinto y por capricho. Otros hay que, ménos confiados en su ingenio, interpretan como mejor pueden las láminas de un album extranjero, ó se dejan guiar por el cróquis que les proporciona algun aficionado. Y de aquí resultan esas *escribantias* inservibles, tan inconvenientes en su distribucion como absurdas por la forma de los objetos que representan. De aquí resultan esos cálices erizados de puntas por doquiera, que rechazan la mano del celebrante y rasgan los lienzos con que rozan, de aquí tantos objetos cuyo principal defecto consiste en prestar mal el servicio para que han sido contruidos. Conviene saber que no nos referimos especialmente á ninguna obra de las expuestas y que reconocemos algunas pocas excepciones.

Con respecto á la Litografía, hemos examinado muestras tiradas con una sola y con diversas tintas. Este es un arte que en Mallorca empieza á desarrollarse, y por lo mismo no podemos ser muy exigentes. A riesgo de ser cansados, repetiremos á los jóvenes que á este ramo se dedican, que el constante y provechoso estudio del dibujo líneal y de adorno ha de ser la base principal de sus futuros adelantos.

En las mesas revueltas de trabajos hechos á la pluma, hemos podido ver una vez más que en nuestra isla no escasearían los buenos grabadores, si esta profesion pudiera

ofrecer algun provecho positivo. De un jóven profesor de caligrafía hemos visto escrito holgadamente dos veces *el Credo* en el círculo de un durillo de oro; este esfuerzo de su vista privilegiada merecía presentarse en ésta y en cualquiera otra exposicion.

Los bordados exhibidos han sido como nunca numerosos, variados y notabilísimos. Aunque profanos en esta materia, nos creemos competentes para asegurar que en casi todos se distinguen buen acierto en la composicion, y grande esmero y limpieza en el trabajo. Imposible nos sería citar los nombres de todas las señoras y señoritas cuyos bordados en oro, sedas é hilo han acreditado su mucha habilidad; mas séanos permitido recordar aquí con el respeto debido á las señoras expositoras, que, excepcion hecha de algunas colchas y toallas, eran muy escasas las labores de costura de verdadera y absoluta utilidad. Nos place contemplar los ejercicios del ingenio en obras de adorno, pero preciso es reconocer que en las exposiciones el verdadero mérito se manifiesta cuando se reunen en comun consorcio lo *útil* y lo *bello*.

Decimos esto para que, cuando se presente otra ocasion, no se retraigan de mostrarnos ropas de uso diario, que no por ser modestas y vulgares dejarán de ocupar un sitio preferente.

Antes de terminar nuestras indicaciones sobre los bordados séanos permitido mencionar el cuadro de *El Descendimiento*, ejecutado con sedas de colores por D.^a J. R. de H. Este género en otro tiempo se aplicaba á las casullas y capas pluviales; hoy ha caído en desuso, no obstante que su valor artístico y su ligereza le haría preferible á muchos de los modernos bordados en oro y realce, de estilo churrigueresco, cuya rigidez y peso abruman, é impiden los movimientos á los sacerdotes.

Por fin, entre otros objetos, de puro adorno y entretenimiento, cuya enumeracion sería enojosa, citaremos como los más interesantes, dos cuadros de marisco, representando las armas de España y las de nuestra provincia, ambos á dos de buen efecto y delicado gusto.

Estas son las impresiones que nos han causado los objetos que por su índole pueden incluirse en la sección artística; si nuestras apreciaciones han sido equivocadas, más parte tiene en ello nuestra ignorancia que nuestro buen deseo.

Hasta el otro número.

BARTOLOMÉ FERRÁ Y PERELLÓ.

20 Enero de 1876.

MONUMENTOS RELIGIOSOS.

Es digna de especial mencion la carta pastoral y órden que el Illmo. Sr. Obispo de Tarentaise ha dirigido al clero de su diócesis, respecto á la interesante cuestion arqueológica, y al arte en general. Extractamos algunos párrafos, aplicables á casi todas las localidades y en todas épocas.

Despues de una elocuente introduccion, en la que demuestra al sacerdote la grandeza de su mision y la necesidad de no permanecer extraño al progreso de las ciencias y de las artes, á fin de ser el hombre del universo cristiano y de todos los tiempos, á la vez que el hombre de su tiempo y de su país, el ilustre obispo Mgr. Turinaz, apoyándose en autores de gran valía, demuestra á su clero lo que el estudio de la arqueología puede ofrecerles de útil y atractivo, aunque simplemente se acepte como un descanso de estudios más arduos, y como una diversion entre los trabajos de su ministerio sacerdotal.

Concretándose más al objeto, no pide, no exige que todo sacerdote sea capaz para dirigir los trabajos de construccion ó restauracion de su templo; pero sí desea en ellos el necesario discernimiento para poder apreciar la oportunidad y la importancia de tales trabajos. Y dice así:

«La restauracion y la ornamentacion de las iglesias depende principalmente de la direccion del clero. Colocados con frecuencia en medio de poblaciones completamente extrañas á las reglas del buen gusto y á los principios del arte, la influencia de los señores curas párrocos es siempre necesaria, y con frecuencia decisiva. Aun cuando se trate de restaurar ó agrandar un templo que no pertenezca á ningun estilo determinado, habrá allí principios y reglas, que no pueden despreciarse. ¡Cuántas iglesias, bellas en su misma sencillez, han sido desfiguradas por un gusto detestable! ¡Cuántos objetos, preciosos bajo el punto de vista artístico y arqueológico, han sido destruidos, ó vendidos á

vil precio! ¡Cuántos interesantes monumentos de la edad media han sido horriblemente transformados por un vandalismo estúpido! Porque hay, como se ha dicho muy bien, dos vandalismos igualmente desastrosos: un vandalismo destructor y un vandalismo restaurador.

¿Quién no ha visto un insoportable estuco, ó blanca cal cubrir antiguas paredes, y sobre ellas trazadas unas malas perspectivas por los más inhábiles pinceles? Sirviéndonos de las expresiones enérgicas de un venerable arzobispo: «¿Quién no ha visto á pretendidos pintores, en busca de trabajo, esplotando el gusto de los campesinos, con tendencia á la viveza de los colores, embadurnar de rojo, amarillo y azul los muros del santuario?» Abordando despues la cuestion de enajenaciones de objetos de arte pertenecientes á la iglesia, cita las principales decisiones del Derecho canónico y civiles, y prosigue diciendo:

«El Prelado es administrador y no dueño de los bienes y de las cosas eclesiásticas. Todo Prelado debe mejorar la condicion de su iglesia, en vez de perjudicarla. Los eclesiásticos encargados del cuidado de una parroquia no pueden enajenar la más insignificante cosa, sea la que fuere, que á la iglesia pertenezca; porque, aparte de las cosas especiales, y en la forma determinada por el derecho, está terminantemente prohibido bajo pena de excomunion, y con obligacion de restituir.

Las Juntas de fábrica, las cofradías y curas párrocos, no pueden, como se ha dicho, vender objetos de arte de la cosa que esté á su cargo; porque no son propietarios de ellas, y sí unicamente usufructuarios. Una venta de esa clase de objetos preciosos, ó raros, ó de interes arqueológico, sería declarada nula, si á ella faltase el consentimiento del tutor, que es el diocesano.

Con muchas decisiones así lo han confirmado los tribunales.

En adelante los señores curas párrocos, velarán cuidadosamente por que ningun trabajo de alguna importancia se verifique en la iglesia de su cargo, ni aun bajo el concepto de adornarla, sin el consejo de personas competentes, y

sin nuestra aprobacion por escrito. Ellos protegerán sus iglesias contra los pretendidos hermosteamientos propuestos por artistas incapaces, oponiéndose enérgicamente á todo lo que con pretexto de reparacion pueda alterar ó destruir preciosos objetos, tales como esculturas, ensambladuras, artesones, etc., etc. Preferirán siempre, en caso necesario, las tintas y colores unidos, á las pinturas que representen personajes ejecutados de una manera deplorable.

Un Museo diocesano se fundó en el obispado, puesto bajo la direccion de la Academia.

Recomendamos tambien que se coloquen inscripciones commemorativas en las iglesias, cada vez que sean reconstruídas en todo ó en parte; reservándonos la aprobacion de tales inscripciones.

Consignada la terminante prohibicion de la venta de los objetos preciosos, deseamos un detallado inventario de todos ellos, y de los más interesantes para el arte y la arqueología, que posea la diócesis, con objeto garantizar su conservacion.

Todo objeto inutil, ya sin uso, aunque mutilado, se reservará para el Museo. Esos objetos, aislados, carecen de valor; pero, reunidos, llenan un objeto, completan una serie, y pueden ser estudiados más fácilmente. Si algun objeto de este género tiene importante valor, y se halla expuesto, por el uso á que se le destina en las sacristías, ó en las mismas iglesias, á ser deteriorado ó destruído, deberá cederse al Museo diocesano, despues de haber llenado las formalidades que el caso requiera. Así recogeremos todo lo que ofrezca interes al doble punto de vista del progreso ó decadencia del arte, y de la historia particular de la diócesis: piedras talladas, inscripciones, epitafios, escudos heráldicos, relicarios, muebles, cofres, cajas, estatuas, utensilios religiosos propios del culto, vasos sagrados, ornamentos, bordados, retratos, sellos, pergaminos, bulas, breves, títulos, etc., libros, impresos referentes á liturgia, disposiciones, ordenanzas, edictos, etc.

Ademas veríamos con especial satisfaccion que los reverendos señores curas párrocos redactasen, por investi-

gaciones históricas, notas sobre la historia de las parroquias de su cargo, señalando su origen, la etimología de su nombre, sus festividades, sus recuerdos históricos, las tradiciones locales, las peregrinaciones, y cuanto tenga relación con los patronatos y señoríos, y con la administración temporal.

Declaramos de nuevo que dichos objetos pertenecen al Tesoro de nuestra catedral, y por ello no pueden enajenarse. En su consecuencia, el capítulo estará obligado á presentárnoslos en cada una de nuestras santas visitas pastorales.»

«No es posible expresarse ni proceder más acertadamente, (dice el periódico frances del cual esto se ha copiado); y convendría que el derecho de las Juntas parroquiales sobre parte del mobiliario de las iglesias, discutible todavía en casos dados, quedase perfectamente circunscrito á lo que el previsor prelado expresa, por medio de una ley civil que no dejase duda alguna. Porque, siguiendo así, los zacarratines ó chalanes de alhajas y antigüedades, con objeto de hacer su negocio satisfaciendo demandas de anticuarios y curiosos, acabarán por despojar los templos completamente de lo poco que en ellos queda.»

Estamos conformes en principio; pero, en honor de la verdad, se ha de manifestar que en España tambien está eso previsto y mandado, si no completamente igual en el modo, de una manera parecida en el fondo. La incuria, la falta de conocimientos en arte y en arqueología, han dado por desgracia y siguen dando la consecuencia lamentable que necesariamente habían de dar. Un cúmulo de circunstancias han contribuído tambien á sensibles irreparables pérdidas: la legislación sobre el particular puede ser que adolezca de algunos vicios, que no es del caso examinar ahora; y tal vez por ello, y por no haber destinado ni las provincias ni la nacion los necesarios fondos para llevarlo al terreno práctico, por más que tal idea presidiese, no dió hasta el presente todo el buen resultado; porque órdenes sin presupuesto, disposiciones sin dinero, son difíciles de cumplir.

Por ahora parece como calmado el vandalismo destructor; pero, en cambio, el vandalismo restaurador se halla en el pleno goce de sus más ilimitadas facultades. Y como éste suele ser siempre muy tremendo, con mayor y más celoso cuidado debe prevenirse y evitarse.

De este aserto respondan nuestros templos: patentes y á la vista están: ellos por sí demuestran que la más atroz de las barbaries es el salvajismo de la ignorancia.

Con el más profundo respeto debido á la elevada clase, á la que en fuerza de su ministerio alcanza la responsabilidad de tal consecuencia, se le debe suplicar que ponga coto á tamaño desenfreno; y que, comprendiendo la trascendencia de ese descuido, que afecta á la santidad del santuario, á la magnificencia y sublimidad del culto, al decoro del rito y de la liturgia, al orden y armonía, y á la elevacion del espíritu, no se permitan ni á sí mismos, ni á las cofradías, ni á los fieles particulares, verificar nuevas obras, restauraciones, modificaciones y embellecimientos, que dan por resultado un efecto tan distinto del que se propusieron. Si carecen de conocimientos suficientes, fruto de especiales estudios; si carecen del necesario buen gusto, lo cual no puede exigírseles; entiendan que esto en nada puede rebajar su personalidad, y que, por lo tanto, están en el deber de someter sus proyectos á personas competentemente autorizadas y, sobre todo, á las corporaciones facultativas, que no sólo no faltan, sino que tienen la obligacion de intervenir en ello. Desechen los ofrecimientos de los pretendidos artistas, que, por ignorarlo todo, á todo se atreven. ¡Plaga vandálica jamas suficientemente execrada! Y, sensible es decirlo, pero es fuerza: tengan finalmente en cuenta que, procediendo de este modo, permitiendo con nombre de restauraciones las destrucciones de objetos y de templos, atacan un derecho ajeno, para lo cual nadie puede jamas creerse facultado, perjudican y destruyen una propiedad pública. Sé bien que no se propusieron semejante cosa; pero el hecho es así.

JUAN O-NEILLE.

MARTA LA LOCA.

TRADUCCION DEL POEMA DE JASMIN, TITULADO

MALTRO L' INNOUCENTO.

Jasmin es uno de esos grandes poetas que han dado renombre á la Provenza contemporánea, cultivando con ahinco la lengua de Oc. Las poesías de Jasmin se distinguen por su sencillez, colorido y exquisito sentimiento. Su mejor poema es sin duda la MARTA, cuya traduccion ofrecemos. El drama empieza en 1798, en Laffitto, deliciosa aldegüela, situada á orillas del Lot, cerca de Clairac; y concluye en 1802. Hacia esta época, Marta, ya loca, se escapó de su villorrio; y luego la vieron mendigar por las calles de Agen (ciudad de la Gascuña francesa y patria de Jasmin), excitando la conmiseracion pública. Los niños la seguían á veces, y ella huía espantada, porque la decían: *¡Maltro, un souldat!* Más que todos Jasmin, niño, persiguió con sus sarcasmos á la pobre Marta; muy lejos estaba entonces de presumir que algun dia su musa, inspirándose en las desgracias de la infortunada idiota, le debería una de sus más escogidas creaciones. Marta murió en Agen, en 1831. El poema de Jasmin ha llamado vivamente la atencion en Paris, y en todo el Mediodía de Francia, donde se habla la lengua provenzal, más apreciada por los franceses que por los españoles la catalana.

La versificacion es sonora; versos de trece, nueve, seis, cinco y cuatro sílabas, formando estrofas y consonantados, componen una bien cortada silva, y dan hermoso cuerpo á las sencillas ideas de esa composicion, digna de que la conozcan los amantes de la bella literatura.

INTRODUCCION.

Antaño, en cada tarde, á la hora risueña en que puedo fantasear, y echar algunas coplas, sucedíame que al mirar en la sombra, veía dibujarse y aparecer el gracioso fantasma de una *pobre idiota*, que vivió en Agen de la caridad pública durante treinta años, y á la cual nosotros, pícaros

rapazuelos, atormentábamos sin temor, cuando salía para llenar su cestito vacío.

Yo recordaba esto. Su gracia de niña, su velo, su vestido de jerga, su miedo cuando pasaba un soldado, me hicieron pensar en si la inocente Martita habría tenido juicio en otro tiempo, y si era tal vez una mártir de amor.....

Mi musa se fué á inquirir noticias de ella por todas partes, al traves de los viñedos orlados de belloritas. No me había engañado; mi musa volvió, doliente y quejumbrosa. Voy á contaros hoy lo que me dijo.

PRIMERA PAUSA.



EL SORTEO.—DOS CORAZONES DIFERENTES.—LAS CARTAS NO MIENTEN.—EL QUINTO.—EL JURAMENTO.

Junto á la orilla que besa á cada momento el Lot con sus puras y cristalinas aguas, debajo de unos sombríos álamos, se oculta una casita. En esta casa, una hermosa mañana de Abril, á la hora en que la vigorosa juventud de Tounens espera que la suerte determine quiénes han de partir para el ejército, vese á una jóven que hora medita, hora ruega á Dios, hora no sabe qué hacer ni donde ponerse; ya se sienta, ya se levanta, ya vuelve á sentarse; al parecer devorada por la impaciencia, como si el suelo le quemase los piés.

Era bella; tenía todo, todo lo propio para agradar, todo lo que aquí bajo no se suele ver junto. Fino talle, cuerpo gentil, blanca tez, cabellos negros, y ojos de azul celeste. De modales tan corteses que podía pasar por señorita en medio de las aldeanas del llano. Lo sabía como ninguna: del lado de su cama pendía un bruñido espejo, aunque en aquel dia ni siquiera lo miraba; otra cosa le absorbía la atención. Su alma estaba fluctuando; pues al menor ruido poníase cabizbaja y cambiaba de color.

Álguien entra; es Anita, su vecina. Á la primera ojeada se ve bien que ésta igualmente lleva pesares en su corazon.

Un instante despues adivínase que el mal se desliza en este corazon y no echa raíces.—Contenta estás, Anita,—le dice Marta.—¿Están ellos ya fuera?... ¡Oh, habla! ¿ha salido él?—No sé nada aún; amiga mia, ten valor, ya es mediodía y pronto lo sabremos; pero tú tiemblas como un junco, me da miedo tu cara. Si Santiago tuviese que marchar, ¿te morirías tú?—No lo sé.—Haces mal; ¡morir! ¡qué niña eres! Yo amo á José; si parte me affigiré, lloraré, pero ¡vah!, aunque le amo le esperaré sin morirme. Ningun enamorado muere por una jóven. Y no hacen mal, porque es mucha verdad que:

«*¡ Digun nou pér may
Que lou qui s' en bay!...*»
«¡ Nadie pierde tanto
Como el que se va!...»

Afuera, pues, la tristeza, y, ¿quieres que hagamos una cosa? saquemos los naipes; esta mañana todo ha salido para mí, ahora para ti saldrá todo. ¡Qué dicha!; estoy tranquila y quiero que tú lo estés. Vamos, toma la carta feliz, ésta te consolará.

Y aquella jóven ardilla hace sentar á su compañera; su loca risa se mitiga de repente; y desplegando un pañuelo, luciente como un tafetan, ostenta en sus manos las cartas nuevecitas. El corazon doliente lo cree todo con facilidad. Marta se deja llevar; ya no tiembla, espera. Sin embargo, ambas le tienen tanto miedo á aquel juego terrible, que la amante y la ligera dicen este refran á la vez:

«*Cartos blancos et poulidos,
Non siôsques pas amalidos;
¡ Damo de cò, Baylet de flous,
Sourtès sans dol pes amoureux!*»

«Cartas blancas y pulidas
No os mostréis enfurecidas;
¡Caballo de copas, Sota de bastos,
Salid sin duelo para los enamorados!»

Y luégo las cartas, barajadas y vueltas á barajar, son divididas en paquetes y tres veces mezcladas; hay que alzar tres veces; hecho está... ¡Buen signo, la primera un Rey!

—Los palos al caer se alinean sobre la mesa; las dos bocas permanecen mudas; los cuatro rientes ojos, despavoridos, siguen el movimiento de los dedos; despues sobre los labios de Marta florece una dulce sonrisa: el caballo de copas sale, y le sigue la sota de bastos. ¡Si la negra espada no aparece, Santiago se salvará; el juego va bien! Siete espadas han salido; solito una resta, la fatídica, y... nada hay que temer por otra parte. La donosa sonríe; la complaciente, se pára... ¡Ah!, como una cabeza de muerto arrojada en medio de un festin, el *caballo de espadas* cae, y les hace gritar: ¡desgracia!

En esto un ruidoso tambor lanza su risotada camorrista, que se confunde en el aire con los sonidos de los alegres pífanos y de disparatadas canciones. Son los afortunados jóvenes que han salido libres en el sorteo, á quienes el gran Demonio de la guerra deja por piedad al país. Hélos ahí, saltando, y danzando en dos filas; cada cual lleva en el sombrero su venturoso número; todas las madres, agrupadas en torno de ellos, lloran de alegría ó de dolor. ¡Qué momento para las dos jóvenes á quienes el juego de las cartas tiene doloridas! El ruido se ha acercado; Martita la primera quiere acabar de una vez su tormento, y corre á la ventana; mas de pronto vuelve atras, da un grito, y fria y desvanecida, va á caer cerca de Anita, que temblaba de susto. No habían mentido las cartas. Entre la multitud de dichosos que se volvían á su país veíase á José; Santiago faltaba; Santiago había sacado el *número tres*.....

Dos semanas trascurren; en el último dia, de la festoneada iglesia de la aldea sale la frívola Anita, vestida con el traje de desposada. Mas en la casa de la doliente Marta, situada á la orilla del Lot, debajo de unos copudos álamos, un desgraciado quinto, Santiago, con lágrimas en los ojos y un saco á la espalda, decía con aire conmovedor á su prometida, que estaba allí toda pesarosa y bañada en llanto: «Me hacen marchar, Marta mia, y nos quitan la felicidad; pero de la guerra asimismo se puede volver. Nada tengo, ni padre, ni madre, sólo te tengo á ti á quien amar. Si la muerte me perdona la vida, ésta te pertenece, ¡espera!

Yo vendré á ofrecértela en el altar del Sacramento, como un ramillete de amor.»

SEGUNDA PAUSA.

GRAN TRISTEZA.—LAS GOLONDRINAS.—MARTA ARRANCADA DE LA TUMBA.—LA LINDA VENDEDORA.—SANTIAGO SERÁ REDIMIDO.

Ya vuelve el mes de Mayo, que al renacer tanto deleita al hombre; rey de los meses, lleva corona y se rodea de placeres. Ya vuelve el mes de Mayo, que al renacer tanto deleita al hombre. En la costa y en las llanuras todos se apresuran á cantarle; porque viene poquito á poco, y se va como una exhalacion.

Por todas partes se oyen cantadores; por todas partes se ven francachelas y danzas.

Al fin pasa la Primavera; el placer queda en el exterior.

En el interior, en el hogar, una voz dulcísima se lamenta de este modo:

«Las golondrinas han vuelto; veo mis dos conocidas en el nido, allá arriba; ¡no las han separado, como á nosotros dos! Ya bajan, hélas ahí, casi las tengo encima; ¡qué brillantes y graciosas! Llevan todavía en el cuello la cinta que Santiago les puso en el año pasado, el día de mi fiesta, cuando venían á picotear en nuestras manos unidas los mosquitos de oro que les escogíamos. Las golondrinas amaban á Santiago; en donde estoy sentada le buscan con los ojos. ¡Ah! ¡bien podéis revolotear al rededor de mi sitio; Santiago no está, pobres pájaros! Yo le lloro, sola, sin amiga, porque la amistad se cansa de lloros; pero quedadme, vosotras; en mi cuarto da el sol; yo lo haré todo, todo para que vosotras me tengáis apego; quedad, aves amadas de Santiago; ¡tengo tanta necesidad de hablar de él!

«Las golondrinas no son del todo locas, parece que ahora conocen el bien que me hacen. Y se acarician; ¡pobres animalitos!, acariciáos mucho, vuestra felicidad me en-

canta. Yo las amo, porque me son fieles, y Santiago se les parece; ¡oh, Santiago es fiel! Pero nadie mata á las golondrinas, ¡y los hombres se matan entre sí! ¿Por qué no escribe ya? ¡Dios mio, quién sabe dónde se encuentra! Me parece que van á decir: *¡ha muerto!* Y tiemblo á cada instante, y ese temor oprime mi corazón. ¡Virgen santa, quitadme ese temor, porque una fiebre mortal me devora; yo muero! Pero Santa Madre de Dios, ¡yo quisiera vivir si Santiago vive!.... ¿En dónde estáis, hermosas golondrinas? ¡Ah! me lamento demasiado fuerte y os he asustado; traedme buena ventura, volved á venir á este rayo de mi sol, suspiraré bajito para que os lleguéis á mí. ¡Quedad, aves amadas de Santiago; tengo tanta necesidad de hablar de él!»

Y cada día la huérfana se quejaba de ese modo. Su anciano tío estaba de ello pesaroso. Marta le ve llorar, y quiere arrojar de sí el desfallecimiento. Hay corazones llenos de fuerza, y los hay que no tienen ninguna. El desfallecimiento pudo más que Marta; Marta se debilitaba por momentos. Y el mundo, ligero, siempre dispuesto á ver mal en donde no lo hay, se reía de su enfermedad y no quería creer en tal cosa. No obstante, cuando llegó la fiesta de Todos los Santos, y vieron que en el altar de la Virgen ardían dos velas por la moribunda; cuando el Reverendo Señor Cura dijo: «La muerte se sienta á la cabecera del lecho de una doliente jóven; almas compasivas, rogad por Marta que está agonizando.....», cada cual bajó la cabeza, confundido; y de lo íntimo del corazón salían los *Padre nuestros* bañados en lágrimas.

Pero no morirá, no; ya viene la aurora; ¡que la muerte ciegue su huesa! El tío que está á la cabecera de la cama le dice á la jóven una palabra; su corazón la recibe; esta dulce palabra la salva...—¡Salvada está!..—Pronto el fuego enciende su pupila; su sangre reanimada corre bajo la blanca piel; la vida le es devuelta á grandes borbotones.— Todo está listo, hija mia, le ha dicho el tío sonriendo. Y la jóven responde:—¡á trabajar, á trabajar!—En fin, (¡quién lo creería?) Marta, resucitada. vive: mas vive por otro

amor, por amor *del dinero*. ¡Sí, del dinero! Ella lo busca; sólo el dinero la inquieta; con sangre de sus venas lo compraría. El trabajo da dinero á toda mano valiente; pues, valiente será la mano de Marta.

Debajo del dintel de esa puerta que se abre, ¿veis á esa vendedora que en toda la aldea ha sabido meter tanto ruido, tanto ruido; que vende y compra sin cesar?—Es Marta. Todos la alaban por buena, amigable y atractiva. Sus parroquianos hacen de cada dia más lo de la bola de nieve. Hoy tiene veinte, mañana cuarenta; y el oro entra en su casa como llovido. Un año trascurre así; Marta, feliz, trabaja; pues Santiago no ha muerto, ántes bien se le ha visto. Más de una vez su brazo cae y su ojo se apaga, cuando corre la voz de haberse librado un combate; pero el valor le vuelve pronto si la voz nada dice de un regimiento que ella conoce muy bien. Un dia su tio en el fondo de la pequeña habitacion le dice:

«Para alcanzar la dicha que pretendes, Marta, se necesitan mil doblones de oro; tú pronto los tendrás, que monton pequeño llega á ser grande; no venderemos la casa; porque, mira la gaveta, y verás que con el dinero de mi viña y el que has ganado tienes ya más de la mitad del cupo. Espera aún seis meses, ¿qué quieres?, la felicidad cuesta; tú te has engarabitado ya á las tres cuartas partes del monte; hija, acaba tu camino. Estoy contento de ti, y ántes de morir espero verte satisfecha.»

El pobre viejo se engañaba. A los quince dias la muerte cerró sus ojos; y Marta lloraba en el cementerio sobre una tumba.

Una tarde álguien la oyó musitar; y decía: «La constancia me abandona; ¡sombra querida de mi tio, perdóname; señor Cura me lo permite!»

Y luégo que fué de dia, á los ojos de los sorprendidos aldeanos, muebles, tienda, casa, todo cambió de dueño. Marta lo vendió todo, nada guardó; nada sino una crucecita, y el vestido color de rosa con flecos azules que tanto gustaba á Santiago.

Quería dinero, y lo tenía en abundancia; ya tiene los

mil doblones. Pero tan jóven ¿qué hará con ellos?.. ¿que qué hará? ¡Pobre niña! ¡De sólo pensarlo se me arranca el corazón!..

Ha salido; ¡esperad, esperad, miradla! Alegre y rodeada de tristeza, se parece, al abandonar su casita, al ángel del dolor que emprende su vuelo hácia la felicidad. El relámpago no corre más de prisa; su diminuto pié, ligero, ligero, no toca el camino, sólo le desflora... Al fin entra en una silenciosa y tranquila casa; un venerable de blancos cabellos, un Sacerdote, la recibe con afectuoso gesto.

«Señor Cura,—le dice Marta de rodillas,—hé ahí todo lo que poseo; ahora vuesa Merced podrá escribir; compre vuesa Merced que es tan bueno su libertad; no le diga quien le salva, ¡oh! ¡él lo adivinará! No me nombre vuesa Merced todavía, y no tema por mí; áun tienen fuerza mis brazos, y trabajaré para vivir. ¡Piedad, Señor Cura, piedad!.. ¡devuélvame V. Santiago!»

TERCERA PAUSA.



EL CURA DE ALDEA.—FELICIDAD DE LA DONCELLA POBRE.—
SANTIAGO ES LIBRE.—VUELTA DE SANTIAGO.—¡QUIÉN LO
HUBIERA CREÍDO!

Amo mucho al cura de aldea. A diferencia del de ciudad, el cura de aldea no necesita, para hacer creer en Dios y para que teman los fieles las asechanzas del Demonio, levantar su espíritu sobre la santa montaña de Sion, y agotar sus fuerzas en probar, con la Biblia en la mano, la existencia del Paraíso ó del Infierno. En torno suyo todo cree, todo ruega. Verdad es que los campesinos pecan, como pecamos nosotros; mas el sacerdote de los campos no tiene que hacer sino alzar la cruz, y delante de ella el mal se retrae; y la hierba del pecado apenas nacida es arrancada de golpe. ¡Oh, yo amo al sacerdote de los campos; me parece un tipo lleno de belleza! Desde su rústico asiento nada escapa á su vista; su campana aleja de la poblacion el granizo y el

trueno; él tiene sin parpadear las miradas fijas en su rebaño; ¿un pecador huye? lo sabe él, y va á buscarle; para las faltas tiene perdones, para las tristezas bálsamo dulcísimo: su nombre corre bendecido de boca en boca, y los valles lo repiten, y todos le llaman de lo íntimo del corazón el gran médico de las penas. Marta había encontrado en ese sacerdote un bálsamo para su herida.

Pero desde el fondo de su presbiterio, el hombre celestial sabía mejor hallar medios para derrocar el pecado y el mal pensamiento, que hallar, en medio de un ejército, á un oscuro soldado, que tres años hacía no había escrito una miserable carta. Y más en aquella sazón, en que, al compás de timbales, trompetas y cañones, seiscientos mil franceses marchaban entusiasmados á señorear con bravura todas las capitales. Destrozaban, ponían en fuga todo lo que les atajaba el paso, y no tomaban aliento sino para ir más adelante todavía.

Verdad es que el difunto tío le escribió amenudo en el pasado verano; pero el ejército acababa de hacer tres campañas. Decíase que Santiago había cambiado de regimiento; álguien le había visto en Prusia, álguien en Alemania; nada se sabía de él á punto fijo; y parientes... no tenía ninguno. Digámoslo de una vez: «el jóven soldado era de *esa casa* en donde una nube de niños viven de *la piedad*, que les sirve de *madre*; buscó á su madre mucho tiempo durante la guerra... y no la halló; ansiaba ser amado; lo fué por una cantinera en Laffito; y, en fin, sin la guerra él hubiera plantado sus tiendas en esta poblacion.»

Ahora que lo sabemos todo, dejemos al buen cura que, en medio de los disgustos que su bondad le cuesta, emborrone cuartillas de papel, haciéndolas correr la posta; pasemos á una más sencilla vivienda. La pobre jóven está allí; se ha puesto á trabajar. ¡Cuánto ha cambiado todo! Ayer tenía su ajuar de boda, y oro en las gavetas; hoy no tiene á su alcance sino un banquillo, un dedal, un alfilerero, un torno para hilar; hila la lana, tuerce la tela. Pero, ¡vah!; no la compadezcamos si se cansa los dedos: rica, lloraba; hoy que es pobre, rie. Santiago será redimido y podrá vivir mu-

cho.... Y vida, y libertad; Santiago se lo deberá todo; Santiago le amará más, si cabe; ¡y cuando se ama y se es amado, nada de pobreza! Cuán feliz es la doncella pobre; su porvenir es de miel, y su alma ya prueba la primera gota; y ¡flores! sobre ella, en torno de ella, por todos lados. Y la jóven trabaja; y toda la semana, entre gotas de miel y oleadas de perfumes, su torno da vueltas y vueltas, y su dedal se afana, y su pensamiento teje tantos dias sin nubes como su giratoria canilla toma brazados de lana, como su aguja hace puntos.

Pero todo eso metía ruido en las praderas, y ya el país entero estaba poseído de buen amor para con ella. Por la noche la hacían serenatas, y colgaban á su puerta guirnaldas de aromosas flores; de dia, las jóvenes iban á ofrecerle con ojos complacientes escogidos regalos. Anita sobresalía entre todas. Marta está por eso en la gloria, y cree á pié juntillas las canciones que le hacen sobre su naciente felicidad; desde su cuartito las escuchaba, y, despues, durante toda la noche se mecía en ellas.

Un domingo por la mañana, el amadísimo sacerdote, despues de celebrada la santa misa, se le presenta; su frente está iluminada de alegría; su mano derecha, que tiene un papel desplegado, tiembla de contento más que de vejez: «Hija mia,—le dice—el cielo te ha bendecido; con su divino auxilio al fin he podido encontrarle; Santiago está en Paris; esto ha concluído; él está libre, y llegará el domingo; y no ha adivinado nada. Santiago me escribe, y cree vanidosamente que al fin su madre ha aparecido, que es rica y que le salva. ¡Oh, déjale comparecer!; cuando sepa lo que te debe, lo que has hecho por él, tengo la seguridad de que Santiago te amará más que todo... más que todo despues de Dios. Hija mia, va á brillar el dia de tu recompensa; prepara tu corazon para ello. Santiago vendrá, de seguro; yo te quiero á mi lado cuando llegue; quiero hacerle comprender, delante del pueblo reunido, su felicidad en ser amado por un ángel como tú.»

Dicen que los bienaventurados en el Paraíso oyen armonías que embriagan de placer; Marta, á estas palabras

que bajan hasta su corazón, comprendió que aquellas armonías se oyen también en la tierra.

En fin, otro domingo ha llegado; el campo está radiante de oro á las miradas de un hermoso sol de Junio; el pueblo forma grupos y canta; este día es para cada uno dos veces festivo...—Da medio día; el anciano sacerdote, dejando la frugal comida, sale con la joven; ella levanta su pura frente; sus párpados velan el azul de sus ojitos. Vergonzosa, sin palabra, únicamente se consagra á su amor que le dice á grandes voces: ¡Felicidad! La multitud se reúne en torno de ellos; parece que todo reviste un aire de grandeza; diríase que la comarca espera un gran señor. Todos salen de la aldea, y, risueños, hacen alto allí, á la entrada del camino grande...

Nada en medio, nada en el fondo de ese aplanado y prolongado surco, nada sino la sombra, desgarrada á trechos por el sol.—De pronto aparece un punto negro, crece... se menea... son dos... dos hombres... dos soldados... el más alto ¡es él!... ¡qué bien que marcha! ¡en el ejército ha crecido más!... Y los dos avanzan... El otro, ¿quién será?... Como que sea una mujer... ¿Eh?—Mujer es, y forastera, ¡cuán bella es, cuán graciosa!; de cantinera va vestida. ¿Una mujer con Santiago, Dios mío? ¿á dónde irá?—Marta tiene fijos los ojos sobre ellos, triste como una muerta; también el sacerdote, también la multitud. Todos se estremecen, todos callan; los dos avanzan más... Hélos ahí á veinte pasos, sonrientes, casi sin aliento... Pero, ¿qué sucede?—Santiago está entristecido, ha visto á Marta;... tembloroso, avergonzado, se pára... El sacerdote no puede contenerse más; con voz fuerte, llena, espantadora del pecado, pregunta:—«Santiago, ¿quién es esa mujer?»—Y como un criminal, Santiago, bajando la cabeza, responde:—«La mía, señor cura, la mía; soy casado...»—Un grito de mujer resuena; el sacerdote vuelve atrás; ese grito le ha atemorizado:—«¡Hija mía! ¡valor! ¡aquí bajo es preciso sufrir!»

Pero Marta ya no suspira; la miran con detención... temían que no se hubiese muerto del golpe. Se engañan; Marta no muere; parece que hasta se consuela. Mira fija-

mente con cierta gracia á Santiago; despues, suelta una repentina carcajada, y rie y rie, como una loca... ¡Ay! ¡Ay! no podía reír ya de otra manera; la pobre jóven se había vuelto *simple*. A las palabras que el infiel dejara caer, Marta, pobre víctima, había perdido el juicio para no recordarlo jamas.

Cuando Santiago lo supo todo, se salió del pueblo, y, fuera de sí, dicen que volvió á la vida militar. En el ejército, ese desgraciado, como un alma condenada, cansado de su existencia, se arrojó á la boca de un cañon que hacia fuego. Pero lo cierto, lo demasiado cierto es que Martita una noche se escapó de las manos de todos; y, despues, en nuestra ciudad de Agen, se la vió durante treinta años, á la *pobrecita idiota*, tender frecuentemente sus manos á nuestra caridad. En Agen, cuando pasaba decían: *Marta sale, hambre tendrá*. Nada sabian acerca de ella, pero todos la amaban. Solamente los muchachos, que de nada se apiadan, que se rien de todo lo triste, le decían á gritos: «¡Marta, un soldado!» Y Marta que tenía miedo á los soldados, huía á todo correr.



Ya sabéis por qué huía á esas palabras infames. Y yo que se las dije más de cien veces, ahora que me han contado su conmovedora vida quisiera cubrir de besos su andrajoso vestido, quisiera pedirle perdon de rodillas; pero, nada hallo sino una tumba... ¡yo la cubro de flores!

JOSÉ TARONJÍ, PRO.

1.º Setiembre 1875.

SA LLEBRA Y S' ERISSÓ.

(Des germans Grimm.)

Aquesta rondaya, atlots, vos parexerá tal volta qu' es mentida; pero amb tot y amb axò, es vera y ben revera. Jo l' he apresada de mon avi, y ell, sempre que la 'm contava, no 's descuidava d' afegí:

—Tench per mí que aquesta rondaya es cosa succehida y verdadera, porque si no 'u fos, ningú la contaria.

Vat' aquí sa rondaya tal com va succehí.

Era un bell dematí d' estiu, en temps de mésses de segá, justament quant es blat moro está espigat. Es sol resplendia en el cel, s' oratjol de matinada feya onetjá es blats, cantavan ses sòtleres volant, ses beyes remoretjavan per dins es sementés; la gent anava á missa amb so vestit nou des diumenjes, y tothom estava alegre y delitós. Y el compare Erissó per lo metex.

El compare Erissó estava demunt es portal de casseva, mans plegades, mirava quin temps feya y cantava una cansoneta, ni més ni pus qu' axí com la sol cantá un erissó en bon diumenje dematí.

Mentres cantussava d' aquesta manera, á mitja veu, li va passá pes cap, bé es ve qu' amb molt d' atreviment, mentres sa dona rentava y vestia es seus infantons, d' aná á fé quatre passes y un revolt pes comellá, y aná á veure es nabs si tornavan grossos. Es nabs eran ran de casseva, y ell tenia per costum de menjarne amb sa familia y cuirlos com si fossen seus.

Dit y fet.

El compare Erissó va rodá sa clau de sa porta y ja va essé partit. Encare no era dues passes enfora de casseva,

y justament quant passava per devant un romagué que hi havia vehinat des camp ahont s' hi feyen es nabs, se topá amb la comare Llebra, qu' havia surtida amb tal intenció, per aná á veure qué feyan ses seves cols.

Encare s' Erissó no hagué afinada sa Llebra, com va pensá totduna ferni una de ses seves, y la va escometre amb molta cortesia.

Pero sa Llebra, que feya molt d' entonada y vanitosa, no li va torná sa escomesa, sino que li va di, amb ayre afisconadó:

—¿Quin senyal que corres y vas pes camp en tan bon dematí?

—Vaig á fé una volta—diu s' Erissó.

—¿A fé una volta?—diu sa Llebra, riu que te riu;—com que sia de paré que per fe axò haurías de baratá de comes.

Aquesta resposta no li va caure bé á s' Erissó; res nat del mon el treya tant des solch com es retreureli ses comes, perque les tenia tortes de naxement.

Diu á sa Llebra:

—¿Tu 't deus fé contes que ses teves comes valen més que ses meues?

Diu:—¡Ja 's de rahó!

Diu:—Axò está per veure. Pos messions que si mos provam á corre, jo corr més que tu.

Diu sa Llebra:

—¿Amb ses teves comes tortes? Tu 'u dius per riure y vas de verbes: pero si n' ets, messions van. ¿Qu' es que posam?

Diu:—Un escutet d' or y una botella d' aygordent.

—Feta está sa barrina—diu sa Llebra;—toca, toca, y ja porem essé partits are metex.

Diu s' Erissó:

—Daxo, daxo, que ningú mos empeny: jo encare estich dejú, y m' en vaig á cameva á pegá una bossinada. Dins mitja horeta torn essé aquí.

Sa Llebra hi vengué á bé, y s' Erissó va essé partit. P' es camí anava diguentse á ell metex:

—La comare Llebra confia de ses seves comes llargues,

pero jo li tench de fé sa garceta. Ella vol fé molt de Pere-Mateu, pero es curta de gambals y ferá bo pagá la festa.

Quant arribá á casseva, digué á sa seva dona:

—¡Comare Erissona, vestex te depressa, qu' has de vení á n' es camp amb jo!

Diu sa dona:—¿Qu' es estat, qué hi ha res de nou?

—Diu:—He posat á sa Llebra de messions un escutet d' or y una botella d' aygordent, que jo li gos á corre, y tu també n' has d' essé.

—¡Pero, homo de Deu!—diu sa Erissona alsant es cap, —¿qué t' has begut es seny? ¿Cóm pretens gosarli á corre á sa Llebra?

Diu:—Calla, dexa fé 'l qui sab, y no 't mescles en lo que no t' importa. May t' has d' aficá en sos negocis d' ets homes. Fé via, vestit y anem amb jo.

¿Qu' havia de fé sa dona de s' Erissó? havia d' obehí, de grat ó per forsa.

Quant surtian plegats, diu s' Erissó á sa seva dona:

—Posa esment á lo qu' are 't comenaré. Hem de corre dins aquex goret que veus aquí. Sa Llebra correrá per dins un solch y noltros dos per dins s' altre: prendém es súd d' allá bax. Tu no has de fé més qu' está amagada dins es solch, y com arribará sa Llebra prop de tu, treurás es cap cridant: ¡Ja som aquí!

Diu:—Bono.

Encare no acabava de di axò, arribaren á n' es lloch assenyalat. S' Erissó digué á sa seva dona s' endret ahont s' havia de posá, y ell s' en aná goret amunt. Quant arribá á s' altre cap, va trobá sa Llebra, que li diu:

—Ala, si hem de corre,

—Vaja avant,—diu s' Erissó.

—Idó comensem,

Y un y altre se posaren cadascun en es seu solch.

Diu sa Llebra:

—¡A la una, á les dues, á les tres, súd!

Y ja va essé partida com un trabulí, botant cada bot una cana. S' Erissó corregué dues passes derrera ella, y llavó s' ajupí á dins es solch, y no 's va moure.

Quant sa Llebra arribava, á llongos, á s' altre cap, sa dona de s' Erissó li crida:

—¡Ja som aquí!

Sa Llebra s' en feya creus, y romangué astorada; feya contes senti es metex Erissó, perque sa dona era just igual d' es seu marit.

Sa Llebra va pensá:—Aquí 'l dimoni hi balla.

Y afegí, diu:—Tornem corre un altre pich.

Y ja va torná essé partida com un trabulí, botant cada bot una cana, amb ses oreyes demunt s' esquena. Sa dona de s' Erissó no 's mogué des seu lloch, y quant sa Llebra arribá á s' altre cap des goret, li crida s' Erissó:

—¡Ja som aquí!

Furiosa sa Llebra, diu:

—¡Tornemhi, tornem comensá un altre pich!

Diu:—¡Ja' s de rahó! porem corre tant com volrás.

Sa Llebra correué d' aquesta manera setanta tres vegades seguides, y s' Erissó ágontá ses messions fins á la fi. Cada pich que sa Llebra arribava á un cap ó s' altre des goret, s' Erissó ó sa seva dona cridavan sempre:—¡Ja som aquí!

A sa qui feya setanta quatre, sa Llebra no va poré pus. Redolá esbaltida p' en terra en mitx des goret, comensá á fé sanch per tot, y su allá metex va badayá. S' Erissó agafá s' escutet d' or y s' aygordent qu' havia guanyat, cridá á sa dona que surtís des solch, y s' en anaren contents y alegres á casseva. Y si no son morts, encare son vius.



Sa moral qu' inclou aquexa Rondaya es més important que no vos pensau. Ningú, en primé lloch, s' ha d' afisconá des més petit, en que sia y tot un Erissó; y segonament, si vos casau, es bo que trieu dona des vostro estament, y que vos assembli en tot y per tot. Si sou Erissó, teniu esment que sa vostra dona sia Erissona; y axí en tot lo demés.

LA VIDA.

I.

—¡Qué hermosa!—exclamaba un día, bañada el alma en el placer de las fruiciones mas puras. Prestábame la ilusión su mágico prisma, y el sol de la esperanza difundía su luz de rosa por el florido sendero. Risueñas eran las perspectivas, como las del paraiso que en mi adolescencia habia soñado. Yo era muy jóven, y ella tenía un rostro de quince abriles. Su guirnalda embriagábame en la delicia de sus perfumes, y al través de la gasa blanquísima que la velaba, me parecia descubrir en sus ojos dulces promesas de placer y ventura. Goces anhelados de amor, de amistad, de gloria, todo lo leí en el libro del porvenir que su mano me presentaba. Mas, ay, á su lado, y á guisa de dueña celosa y desabrida, espiaba sus movimientos negro fantasma. ¡Espectro importuno! ¡Cuántas veces al fijar en él mi ardiente pupila, veia disiparse todo el encanto de mis ensueños, y oscurecerse el disco inmenso de mi esperanza!

II.

No sé si era ilusión: siempre que aquel espectro me dirigia su torva mirada, agostábase una flor de la corona de mi ídolo. Su presencia me llenaba de mortales angustias; y á sus pasos el pájaro enmudecía sobre la rama, plañía el céfiro en la recóndita espesura de los mirtos, y las plantas inclinaban sus tallos, y cerraban sus cálices las flores, faltos del rocío bienhechor de la mañana. Quería, en

la intensidad de mis amores, olvidar aquel rostro macilento y desencajado, pero su imágen se grababa mas y mas en el fondo de mis ideales complacencias. Me entregaba á los arrobamientos puros de la fantasía, y su mano daba á mis alas una lasitud indefinible, y estendia en los horizontes de mi pensamiento una cortina fúnebre. Mis cantares se empaparon de una tristeza enojosa; la esperanza acortó sus vuelos, ántes tan dilatados y atrevidos, como un ave herida y enferma; hiciéronse humildes mis aspiraciones, amenguóse la fuerza de mis deseos, cesaron los vehementes impulsos de la pasión, el desencanto convirtió en páramos las imaginadas florestas, y apoderóse de todo mi ser una tristísima indiferencia. Cayó la máscara á las ambiciones que tanto me habian seducido, y viví sin el gusto de la existencia, como el peregrino en la posada inhospitalaria, como el reo que espera la hora del suplicio.

III.

—¿Por qué, vision infáusta, la dije, por qué me envenenaste el corazon con la impasibilidad de tu mirada? ¿Por qué veniste á revelarme, á la siniestra luz que tu fealdad despide, la mentira de las promesas mundanas? ¿Por qué te interpones siempre entre mi espíritu agitado y la esperanza de regaladas satisfacciones? Yo quería hacer de la tierra un paraíso de amor, y me avisaste de que romperias sus dulces cadenas en los ásperos escollos del destino: abrí mi corazon á la amistad mas fervorosa, y levantaste entre los dos cariños el muro impenetrable y frio de un sepulcro: quise entrar en la mansion del placer y de los goces terrenos, y por el ambiente que allí respiraba, apercíbime de que en aquella morada maldita ibas destilando el filtro del sueño perdurable. Canté, y era mi voz tan débil, como el cuerpo mísero en que vive aprisionada mi esencia, y que tú señoreas á tu voluntad. Propúseme cubrir la nada de mi propio ser con las vanidades mundanales, y abriendo la sima

de un inmenso osario, me dijiste:—«Insensato! mira: bajo este monton de gusanos y podredumbre, entre ese barro negro y pestilente es que encierro todas las ambiciones, todas las vanidades de la tierra.—

IV.

Han pasado años, y algunas canas asoman en mi ántes oscura cabellera. Insinúase y empieza sus rigores el invierno. El áustro arrebató las últimas hojas de la arboleda, amontónanse en el horizonte las nubes, y la nieve se deja ver en la cumbre de las montañas. Mi corazón tiene frío. El ídolo de mi juventud ha perdido todos sus encantos. Consérvole, si, un resto de mi entrañable amor; pero á su mirada no brotan ya, como en otros tiempos, flores vistosas ni de embriagadores perfumes. Me ha cercado la soledad, mas en ella vino á verme un ángel de suavísimos ojos, de místicos perfiles y de espresion radiante. Ha prometido la paz á mi espíritu, y ¡cosa estraña! huelga de ir acompañado tambien de la vision que me trajo el desasosiego y el infortunio. No sé por qué inesplicable misterio la presencia de aquel ángel me regenera y vivifica. Su luz ha penetrado todo mi ser, la majestad de su rostro me infunde una esperanza no perecedera, y al resplandor que difunde su auréola, el alma, ántes desmemoriada y ciega, ha recordado la escelencia de su origen, y vislumbra la mansion de los goces eternos.—Soy la Fé!—me ha dicho; y dejando encendido en mi mano un fanal de claridad vivísima, héme quedado á solas con la odiada vision que envenenó la copa de mis juveniles ensueños.

V.

Hito á hito miré las facciones del ominoso espectro. Le

he visto á la luz del fanal santo que me guia, y héme apercebido de mi engaño. El prisma de mi primer amor, no era el prisma de la verdad. Nada tiene el fantasma de fatídico ni de pavoroso. Alzado el negro cendal que le cubre, me ha parecido dulce su semblante, aunque vea en su expresión el sello de una tristeza profundísima. He comprendido que le otorgó Dios el imperio del mundo para los fines de su bondad incomensurable. La meditacion ha operado en mí un cambio que comprender no puedo. Todo el horror que me inspiraba aquel ser callado y misterioso, trocóse ya en tierna y entrañable simpatía. Me acerca á él un presentimiento de paz profunda para mi cuerpo, y de beatitud sin fin para mí espíritu. A su presencia ábrese de nuevo un inmenso horizonte para mis conturbados ojos: mas no es el de otros dias, sino un espacio de flores luminosas que no arraigan en el mundo. Comprendo que, guiado por la luz de la lámpara, y estrechado el nudo amoroso con aquel ángel de facciones pálidas y frente meditabunda, he de conseguir con su abrazo la ansiada bienandanza.

VI.

—«Ingrato! me ha dicho al fin con indecible ternura. ¿Lo ves? ¿Ves cuán obcecados anduvieron los ojos del cuerpo rebelde, hecho esclavo de los humanos desvaríos? ¿Por qué maldecirme? ¿Soy yo acaso quien rompe los estrechos lazos del amor; quién de la amistad rescinde el pacto sagrado; quién lanza los corazones á los azares de las mundanas tormentas; quién arranca del alma los celestiales recuerdos y la despoja del bálsamo que Dios puso en ella para todas las heridas; quién se complace en triturar vuestras entrañas, y en acumular sobre la humanidad todo linage de angústias? Oh! no. Yo abro al alma la cárcel del mundo, y la liberto del aciago destino que la oprime; reuno en las alturas los espíritus que se idolatrarón, y confundo sus destinos en el seno del Criador; encamino las

virtudes al galardón que las espera, abro el sagrado pórtico de los ideales ensueños y los convierto en realidad bienaventurada. Soy la puerta de una eternidad de amor, de paz y de fruiciones inconcebibles. Ámame! No te espante mi nombre. Soy tu única esperanza: soy el principio de la vida, por mas que aterrado el hombre, mendaz y sin juicio, huya siempre de mí, exclamando: —«¡La muerte!»—

GERÓNIMO ROSSELLÓ.

A UN CLAPER DE GEGANTS.

¡Salut, claper de bárbara grandesa,
Qu' atreus lo pensament!

¡Salut, ó fita del vell mon despresa
Que lo temps ha dexat dins sa corrent!

¡Cóm agrada al meu cor, que 'l viure mida
No mes ab son batut,
Venir á vèuret y pensá' en ta vida
Que 'l compte de los segles ha perdut!

Qui 't feu? Quin es ton nom? Quina mà forta
Tes pedres axecá?

¿Va ser de los gegants la rassa morta
Qui per memoria eterna te dexá?

¿Fores d' un deu caigut l' ara feresta
Famolencia de mort?

¿Guardavas la memoria d' una gesta,
Ó la sagrada pols d' un home fort?

Debades va cercant la pensa mia
Dins l' ombra del passat,
Mes folla revolant la fantasia
D' ombres omplena 'l buyt de lo ignorat.

Y veu á dins la boyra llunyedana
Dels segles primitius,
Demunt la terra pe 'l diluvi blana,
Pobles selvatjes y guerrers asprius.

Y veu cuberta de boscatge l' illa,

Qu' ab sagrada remor
A la mar ne respon, com una filla
De sa mare respon á la clamor.

Y allá, dins l' ombra del espés boscatge,
Del mon primer vestit,
Te veu, claper, en la matexa imatge
En qu' avuy te contempl embadalit.

¡Vell claper, vell claper, quí tes canteres
Pogués ferne parlar!
¡Quí revivar pogués exes osseres
Que 'l llaurador remou sensa parar!

¡Quánta historia d' amor, de dol sens mida,
De glories y de sanch
Amagan tos penyals, y quánta vida
Desfeta jau á dins ton negre fanch!

.
Me sembla vèuret quant la nit sagrada,
Aquí, dins aquest mur,
Feya estremir la roja flamarada
Que foch donava al sacrifici impur.

Sent la remor del venerat ramatge
Mesclada al cant sagrat;
Del sacerdot veig la severa imatge;
Sent de la turba lo pregar callat.

Y puja, puja á la fatal foguera
Lligat un jovencell.....
Y 'l sacerdot de blanca cabellera
Un cor axeca en lo sagrat coltell.....

Mes passa la visió; y altres ne venen
Del dubte en la foscor.
Veig pobles que lluytant aquí s' estenen
Y sent de les bassetjes la remor.

Y veig gerrers que mitx desnús combaten
 A dalt ton caramull,
 Méntres los altres á ton peu s' abaten,
 Com les ones del mar en un escull.

.
 ¡Vell claper, vell claper, qui tes canteres
 Pogués ferne parlar!
 ¡Qui revivar pogués exes osseres,
 Que 'l llaurador remou sense parar!

.
 ¡Vell eras ja quant sa paret primera
 Alçava aquí 'l romá,
 Y há mil anys que sa morta polsaguera
 A tos peus la ventada rossegá!

¡Tu veus passar les races fent onades
 Del temps en la corrent,
 Inmóvil com la roca que debades
 Socava l' aigua del vehí torrent!

¡Per axò vench á vèuret cada dia,
 Claper may derrüit:
 A dalt de tos penyals l' ánima mia
 Par que senti l' oreig de l' infinit!

MIQUEL COSTA.

LAS DOS ESPADAS.

(Á JUAN CAÑELLAS Y CANUT.)

Juntos tambien bajo el postrer abrigo
 Los nobles ascendientes,
 Sus aceros, terror del enemigo,
 Vi en el hogar pendientes.

Enlázalos en cruz, al muro fijos,
 De lauro vieja rama;
 Junto al hogar el padre y sus dos hijos
 Blasonan de su fama...

¿Oís, oís? Del valle en los confines
 Ronco trueno retumba;
 El polvo de los viejos paladines
 Conmuévese en la tumba.

¡Ay, arrancadas por opuestos brazos
 Que agita el son de guerra,
 Las espadas, del muro, hecho pedazos
 Rodó el laurel por tierra!

La negra oscuridad de monte á monte
 Cruzan arcos de fuego;
 Brilla gigante llama. A otro horizonte
 Huye un anciano ciego.

¿Á dónde vas con tu empeñada gloria,
 Doliente peregrino?

¿A do fuisteis, aceros de victoria
 Que separó el destino?

Dos muertes en la lid ¡oh ruin fortuna!
 Cambianse enfurecidos,
 Y en la sangre que allá torna á ser una,
 Se pierden sumergidos.

J. ALCOVER.

EPIGRAMAS.

(Traducidos del italiano.)

—Mi nobleza no es ambigua.
Mi alto rango...—Sí, comprendo.
—Y mi casa es tan antigua,...
—Tanto que se está cayendo.

~~~~~  
Por la casa dando gritos  
Va como un desesperado:  
«¡Mis sonetos manuscritos  
Clama Onofre, me han robado!»  
¿Quién os da más compasion?  
¿El poeta ó el ladron?

~~~~~  
—¿Duermes?—Tú dirás, Guillermo.
¿Por qué?—Me hallo en un apuro,
Y vengo á pedirte un duro.
—Pero, hombre, ¿no ves que duermo?

~~~~~  
Si llueve, en su posesion  
No entra don Rufo el marques;  
Porque teme, y con razon,  
Llevársela con los piés.

~~~~~  
—El retrato de Torcuato.
—¿Y él sabes en dónde está?
—En cátedra.—¿Y qué hace allá?
—Lo mismo que en el retrato.

~~~~~  
—¿Por enseñar á mi chico,  
Tres onzas? ¡Hombre, por Dios!  
Cuesta ménos un borrico.  
—Cómprelo usted, y tendrá dos.

LEON CARNICER.

## MISCELÁNEA.

De *La Renaxensa*:

D. Heribert Mariezcurrena, presenta á la *Exposició Universal de Filadelfia*, una colecció de vistas fotogràfiques dels monuments y paissatjes mes notables de la illa de Mallorca. Hem tingut ocasió de véurelas y no podem menys que felicitar al Sr. Mariezcurrena per lo doble mérit que inclou l' haver adoptat pera ellas lo procediment nomenat *Autotipia* ó sia fotografia al carbó, fins are no ensayat en Espanya, y per sa inmillorable execució, que permet que 'l qui las mira se traslade veritablement devant del monument que representan, ó contemple los magnífichs paissatjes y las bellesas naturals de la major de las Balears.

\* \* \*

El tomo VIII de la *Revue des Langues Romanes* de Montpellier, correspondiente al mes de Octubre de 1875, contiene, como los anteriores, notabilísimos é interesantes escrttos filológicos y bibliográficos, y varias poesías de notable mérito. Siendo esta publicacion muy conocida y apreciada por los inteligentes, escusamos recomendarla y repetir los merecidos elogios que otras veces justamente le hemos tributado.

\* \* \*

En la misma Revista encontramos la deplorable noticia de haber muerto, en 10 de Setiembre último y á la edad de 46 años, el eminente poeta y filólogo provenzal, Octavien Bringuier, autor de los bellos poemas *Lou Roumieu*, *Provença*, *Un michanl rêve*, y otras obras escelentes que le habian colocado á considerable altura, al lado de Mistral, Aubanel, Roumanille, y demás distinguidos *felibres* de Provenza.